

nemos en la meseta de Méjico, por ejemplo, un terreno menos fértil que el de las tierras bajas que la rodean; lo propio podríamos decir del Perú; y sin embargo, el mayor desarrollo que, según sabemos, existió en América, ha estado circunscrito á estas dos mesetas, que, en la actualidad, á pesar del mayor grado de cultura, aparecen áridas y yermas como estepas, al lado de la magnífica y exuberante naturaleza de los terrenos bajos y de las terrazas de las montañas, algunas de las cuales sólo distan una jornada de aquéllas. Puede decirse que en los terrenos tropicales y subtropicales la fertilidad del suelo disminuye en proporción á la altura y que, sean cuales fueren las condiciones climatológicas, las altas mesetas nunca han sido tan fértiles como los terrenos bajos, las colinas y las estribaciones de las montañas. Y sin embargo, las dos culturas americanas tuvieron su asiento en mesetas: el centro de la mejicana, la capital Tenochtitlán (en el sitio que hoy ocupa Méjico), estaba á 2,277 metros de altura, y más alta aún estaba situada Cuzco, capital del reino de Inka. A pesar de que en esas dos mesetas el calor y la humedad no tienen, ni con mucho, el grado de fuerza que alcanzan en la parte más considerable de la América central y de la septentrional, en ellas se desarrolló la cultura con mayor esplendor é independencia que en el resto del Nuevo Mundo.

Esto demuestra que aun cuando la cultura tenga, en general, íntima conexión con el cultivo del suelo, no es de absoluta necesidad la relación entre una y otro cuando se trata de un mayor desenvolvimiento. La cultura de un pueblo, á medida que aumenta, va desligándose del suelo en que se ha desarrollado, y crea, á medida que va desenvolviéndose, nuevos órganos que sirven más á los elementos del movimiento que á los de la radicación. Casi podría decirse que el agricultor sentía cierta debilidad natural que fácilmente se explica por su poca familiaridad con las armas y por su amor á la posesión y á la fijsa de residencia que debilita el valor y el espíritu de empresa. La mayor suma de fuerza política la encontramos entre los cazadores y los pastores — en muchos conceptos señalados como antípodas del agricultor — especialmente entre los segundos, que armonizan la movilidad con la aptitud de aparecer reunidos en masas, y la fuerza con la disciplina. Las causas de esto son también naturales y fáciles de comprender, pues en esos hombres predomina precisamente aquello que hace difícil al agricultor desenvolver sus fuerzas, la falta de fijsa, la movilidad, el ejercicio de la fuerza y del valor, y la habilidad en el manejo de las armas. A cualquier punto de la tierra que dirijamos nuestra vista, observaremos que las más fuertes organizaciones políticas de los pueblos llamados semi-cultos son producidas por combinación de estos elementos. El pueblo chino, esencialmente agricultor, está dominado por los mandchúes, después de haberlo estado por los mogoles; los persas se hallan bajo el poder de soberanos turkestaneses; los egipcios vivieron sometidos á los hyksos, á los árabes y á los turcos, todos pueblos nómadas; en el interior del Africa, los nómadas wahumas han sido los fundadores y mantenedores de los más vigorosos Estados, desde Uganda y Unyoro hasta más allá, quizás, de Kasembe y Muata Jamvo; y en Méjico, los salvajes toltecas subyugaron al pueblo de los aztecas que, como agricultor, rayaba á gran altura. Si examináramos detalladamente la historia, fijándonos especialmente en los territorios que separan las estepas de los países cultivados, encontraríamos numerosos ejemplos que vendrían á corroborar esta regla que casi nós atrevemos á llamar ley. De suerte, que las menos fértiles mesetas y las comarcas más inmediatas á ellas no fueron tan propicias al desarrollo de la

civilización y á la formación de Estados civilizados porque ofrecieran un clima más templado y con él más ventajosas condiciones para la agricultura; sino que la fuerza conquistadora y conservadora de los nómadas se vino á mezclar con el trabajo activo del agricultor, quien, por sí solo, no es capaz de constituir tales Estados. El hecho de que los lagos de las altas mesetas, tales como el Titicaca en el Perú, las lagunas de Tetzoco y Chalco en Méjico, y el Ukerewe y el Tsad en el interior de Africa, representen como puntos de apoyo y de cristalización de estos Estados, constituye un fenómeno, interesante sí, pero secundario, comparado con la influencia civilizadora de esta unión de nómadas y agricultores.

Saliéndonos de la influencia que, ora favoreciendo, ora siendo obstáculo á la civilización, ejercen las condiciones climatológicas eficaces bajo el punto de vista histórico, hemos de decir que la diferencia de climas influye de una manera mucho más decisiva por el hecho de producir grandes territorios de iguales condiciones climatológicas, territorios de cultura que, en correspondencia con las zonas climatológicas, forman verdaderas fajas al rededor del globo terrestre, que pueden ser designadas con el nombre de zonas de cultura. Las condiciones climatológicas locales, á pesar de las diferencias que entre ellas existen, tienen algo grande y común fundado en la acción distinta del frío y del calor y de sus combinaciones con la sequedad y la humedad y en los distintos grados de fertilidad que á cada uno de ellos corresponden. La experiencia histórica de que al presente dispone la humanidad, señala las zonas templadas como las más antiguas y propias para la civilización. Pero en favor de esta opinión hay algo más que un conjunto de hechos. Los desenvolvimientos históricos más importantes, más orgánicamente conexos, más constantemente progresivos, dentro de esta y por virtud de esta conexión, y que más sensación han causado de 3,000 años á esta parte, corresponden á esta zona. Y que la existencia, en esta zona, del Mediterráneo — el corazón de la historia antigua — no es debida á la casualidad, nos lo demuestra claramente la persistencia en la zona templada de los más importantes hechos históricos, aun después de haberse ensanchado la esfera de la historia más allá de Europa y de haberse transportado la civilización europea á aquellos nuevos mundos que surgieron en América, en Africa y en Australia. Después de cuanto sabemos acerca de la influencia que en los individuos ejercen las zonas frías y las tórridas, no hemos de extrañar que en esas zonas templadas, libres del pernicioso influjo de los extremos, pudiera desarrollarse la civilización de una manera más sólida y más elevada. Ciertamente en este gran tejido entra un número incalculable de hilos, pero como todos los pueblos se componen de individuos y como, en su consecuencia, todo cuanto crean aquéllos descansa en definitiva en los hechos de éstos, de aquí que lo más trascendental en este proceso sea indudablemente: primero la creación del mayor número posible de individuos dotados de las mejores aptitudes en las zonas templadas; y segundo la agrupación y reunión de los diversos territorios civilizados en una faja de cultura, en la cual el trato, el cambio mutuo y con él el aumento y robustez de los elementos del tesoro de civilización, se encuentren en las más favorables condiciones, ó en otro modo, la conservación y el desarrollo progresivo, elementos de cultura, puedan ejercer su actividad sobre la más ancha base.

Todas las civilizaciones ó, si se quiere, semi-civilizaciones cuyos restos encontramos en los países tropicales, pertenecen á una época en que el trabajo de cultura no im-

nia al individuo grandes sacrificios, y en que, por lo tanto, el florecimiento de la misma era pasajero. El estudio de la propagación geográfica de las antiguas y de las nuevas civilizaciones, nos enseña, al parecer, que á medida que fué ensanchándose la misión de la civilización, la faja de cultura se concentró en los territorios que mejores condiciones

tenían, en este lado, es decir, en los territorios de climas templados. Esta observación es de gran importancia para la historia primitiva de la raza humana y para la de su propagación, así como para conocer la significación de los restos de cultura que existen en los países tropicales, como Méjico y Perú.

EL LENGUAJE

El lenguaje es una aptitud general de la humanidad actual. — Maestros del lenguaje en los pueblos naturales. — Modificaciones de los idiomas. — ¿Existe alguna relación entre las cualidades de raza y las de lenguaje? — Origen, progreso y decadencia del lenguaje. — Palabras fósiles: dialectos y lenguas. — Relación entre el lenguaje y el grado de cultura. — Idiomas pobres é idiomas ricos. — Palabras que expresan los números y los colores. — Lenguaje mímico. — Escritura.

Todos los pueblos de la tierra tienen la facultad del lenguaje, que tenemos por la cosa más corriente. «Sean cuales fueren las dotes, las circunstancias y la historia del hombre, éste ha poseído en todas partes y sin excepción el don del lenguaje. Este, que es propio de todos los hombres, constituye también un privilegio en favor de la humanidad, pues sólo el hombre lo posee.» (Herder.) Y en verdad que no lo posee en grados esencialmente muy distintos, pues la experiencia nos demuestra que cualquier pueblo de la tierra puede aprender el lenguaje de otro. Tenemos ejemplos diarios de personas que dominan por completo algún idioma extranjero; y no es esto sólo, sino que consideramos axiomático el principio de que no una ineptitud innata, sino una indolencia arraigada, impide al hombre hablar los idiomas extranjeros más difíciles con la misma facilidad que el suyo propio. En esto, los pueblos civilizados no llevan absoluta ventaja á los naturales: cierto que los primeros adquieren con más frecuencia la facultad de hablar una ó más lenguas extranjeras, pero también lo es que los segundos han dado iguales pruebas de aptitud siempre que las necesidades del comercio y del tráfico les han obligado á ello. Muchos waganda de elevada condición hablan el kisuaheli y algunos el árabe, idioma que han aprendido también muchos wanjamwesis. En las ciudades mercantiles de la costa occidental de Africa hay muchos negros que hablan dos y hasta tres idiomas, y en las escuelas indias del Canadá nada causó tanta admiración á los misioneros como la facilidad con que la juventud india dominaba el inglés y el francés.

Los medios de que se vale el lenguaje, así la voz como los gestos que la acompañan, tienen en todos los puntos de la tierra gran semejanza, no siendo tampoco mucha la diferencia que en la estructura interna de los idiomas existe. Puede decirse que el lenguaje humano tiene una sola raíz que penetra profundamente en el alma del hombre, raíz de la cual han salido muchos y muy distintos troncos y ramas. Innumerables idiomas, distintos entre sí en todos los grados, dialectos, lenguas hermanas, lenguas derivadas y lenguas originarias independientes, llenan con diversos tonos las chozas y los bosques poblados por el hombre. Algunos pueblos pueden fácilmente entenderse entre sí, otros, que no se encuentran tan aproximados, presentan cierta analogía á poco que se les estudie, y en otros la semejanza es tan recóndita que sólo puede descubrirla la ciencia. Por último, hay un gran número de idiomas, al parecer completamente distintos, no sólo por sus palabras, sí que también por su estructura, por las relaciones que expresan y por las partes de la oración que los diferencian; pero estas diferencias no derivan en manera alguna de la desigualdad intelectual de los

que lo hablan, pues vemos á individuos dotados de muy diferentes cualidades que hablan un mismo dialecto, al paso que otros adornados de las mismas aptitudes y con las mismas tendencias, no pueden entenderse. Tampoco tienen nada que ver con la diversidad de condiciones geográficas y de razas, puesto que muchas veces mayores diferencias etnográficas separan á dos individuos que hablan un mismo idioma que á otros que hablan idiomas enteramente opuestos. ¿Cuánta mayor distancia media entre el negro que habla inglés y su afin en idioma el oriundo de Inglaterra, que entre el chino y el micronesio que poseen lenguas tan distintas! La importancia que para la etnografía tiene el lenguaje no ha de buscarse en el hecho de presentarse como prueba de afinidad de pueblos su afinidad de idiomas. El lenguaje ha sido siempre considerado en primera línea como el principal instrumento, como la condición previa de todos los demás tesoros de la civilización, como el medio más propio para adquirirlos y multiplicarlos. Con razón puede llamarsele el instrumento primero y más importante y aun el decisivo de todos cuantos el hombre posee; mas precisamente por esto es tan variable como todo instrumento, de tal suerte que una misma palabra puede, en el transcurso de los siglos, significar cosas muy distintas, puede desaparecer y puede ser reemplazada por otra propiamente caprichosa ó tomada de una lengua extranjera. Las palabras pueden, como los demás instrumentos, ser desechadas y nuevamente admitidas. No sólo algunos individuos pueden olvidar por completo su lengua nativa — como sucedió al francés Narciso Pelletier que á los doce años de vivir en Australia llegó á convertirse en hombre natural y del cual recientemente se ha hecho una preciosa descripción en la sociedad antropológica de París, y como los akka-mianis que, llevados cuando eran aún niños á Italia, olvidaron por completo, á los pocos años, su lengua madre — sino que hay ejemplos de pueblos que han dejado un idioma y tomado otro con la misma facilidad que si de un vestido se tratara. Hay algunas conquistas de la civilización más duraderas que el lenguaje, por ejemplo el conocimiento de la ganadería que, una vez adquirido, se olvida con mucha menos facilidad que el idioma patrio. No nos atreveríamos á hacer hincapié sobre este punto, que tan claro se presenta al conocedor de la vida de los pueblos, si no se confundieran con tanta frecuencia, consciente ó inconscientemente, las clasificaciones lingüísticas con las antropológico-etnográficas. Una autoridad filológica, R. Lepsius, ha creído necesario protestar contra la opinión de que los pueblos y los idiomas parten de un mismo origen y tienen idéntica categoría, como con harta frecuencia todavía se supone: «La difusión y confusión de los pueblos siguen un camino y la difusión

y confusión de los idiomas otro, que, aunque influido por el primero, es, en muchos casos, completamente distinto. Los idiomas son el producto más individual de los pueblos y constituyen su expresión intelectual más inmediata, pero con frecuencia se desligan de los que los producen, pasan á pueblos y razas extranjeras, ó perecen; mientras los que antes se valían de ellos siguen viviendo y hablando otro idioma.» Ya se comprenderá que, partiendo de este punto de vista, las naciones, por ejemplo, de razas indo-germánicas, raza semítica y raza bantú, no sólo carecen de valor, sino que deben ser rechazadas por erróneas. Si grandes han sido la importancia y la influencia de los idiomas como primer apoyo y báculo del desenvolvimiento intelectual de la humanidad, esta importancia es excesivamente pequeña para demostrar las diferencias que en el seno de la misma existen.

Y mientras el pueblo natural por excelencia, el de los bosquimanos, habla un idioma delicado y rico, para cuyo desenvolvimiento ha sido necesario un gran caudal de trabajos intelectuales; encontramos la lengua china — la más sencilla desde el punto de vista teórico de su desarrollo, falta de flexibilidad, con sus 450 palabras radicales, que como piezas de un juego de paciencia, se juntan y se separan, siempre invariables y propiamente inorgánicas — precisamente en el pueblo que ha tenido la civilización más superior y duradera de todas las del Asia. Estos hechos pueden hacernos afirmar la existencia de un solo árbol genealógico de todos los idiomas, pero no hacemos creer que con ello se demuestra la existencia de un árbol genealógico de la humanidad, de esta humanidad en la cual vemos que pueblos de civilización muy superior hablan un lenguaje mezquinamente organizado, mientras que otros menos cultos se valen de idiomas mucho más correctos. La filología moderna no parece prometerse de este árbol originario de todos los idiomas, de este árbol genealógico universal, lo que hasta ahora se habían prometido sus cultivadores, que creían ver en él la prueba más completa del darwinismo. Lo que antes vegetaba como lenguaje monosilábico en la raíz del árbol genealógico, aparece ahora, á los ojos de los filólogos, pobre y rígido, más como consecuencia de retroceso, que como resultado de estancamiento; y aquel castañeteo de los idiomas del Sud de África que había sido comparado con el gorjeo de los pájaros y con otras voces de animales, no es ya actualmente considerado como un resto de animalidad, sino «como expresión característica de indolencia y corrupción en el lenguaje.» Ya no se habla de restos de un idioma primitivo, sino que únicamente se atiende, al parecer, al mayor ó menor progreso ó al mayor ó menor retroceso realizados.

La universalidad del lenguaje es el resultado sencillo del hecho de haber existido cada porción de la humanidad lo suficiente para desarrollar el germen de su facultad de hablar hasta llegar á cierto grado, alcanzado el cual lo designamos con el nombre de idioma. No sólo hace mucho tiempo que ha desaparecido el ser mudo de Haeckel, sino que ya no existe ninguno de los que detrás de él vinieron hablando de un modo imperfecto ó tartamudeando. Las diferencias de grado de organización son muy pocas en los idiomas actuales. El lenguaje se parece, en esto, á ciertas artes é instrumentos universales, que no son mejores en los pueblos cultos que en los naturales. ¿No sucede lo propio con la universalidad de las ideas religiosas, de los impulsos artísticos y de las armas de piedra? La causa del lenguaje está en el instinto de comunicación, y por esto es, como todas las conquistas de la civilización, no un producto del hombre aislado, sino del hombre en sociedad. El instinto

de comunicación es la fuerza impulsiva del desenvolvimiento del lenguaje; por él adquirimos nuestros primeros conocimientos; él hace que el lenguaje se desarrolle y se enriquezca; él establece la unidad de idioma y pone un dique al exceso de modificaciones dialécticas. Hablamos para que los demás nos entiendan y escuchamos y aprendemos para entender á los demás: no hablamos sencillamente como de seamos ó como quisiéramos, sino de manera que nos hagamos entender, tal como lo hacen otros, no como lo haríamos nosotros. El lenguaje demuestra clara y generalmente que la influencia de la vida social, que limita la individual, es el producto más precioso y quizás más antiguo de la sociedad.

Los fundamentos del lenguaje han sido las voces naturales del hombre que expresan los sentimientos de éste y que pueden ser entendidos por otros. La mímica y los gestos de la fisonomía vinieron á unirse á aquellas, siendo quizás, en un principio, más inteligibles y superiores á las expresiones perceptibles por el oído. ¿Cuál pudo ser la extensión de estos fundamentos? ¿Consistían en sonidos articulados que instintivamente se relacionaban con ciertas ideas y con determinadas nociones? ¿Componiase el vocabulario de estos sonidos primitivos, de palabras originarias que pueden ser consideradas como las más remotas raíces del lenguaje? En este caso, podría ser conveniente el estudio de los sonidos producidos por los animales. La moderna filología, sin embargo, ha desechado esta teoría. El lenguaje, puesto en la movable boca del hombre y en tan íntimo contacto con el alma, punto de partida de todas las manifestaciones de la vida, lleva en sí claramente impreso el carácter que á la vida distingue, á saber, la variación continua y al propio tiempo la estabilidad, puesto que sobrevive á la generación que lo habla y es objeto, mientras con ella existe, de modificaciones más ó menos importantes. A la postre, acaban también por morir los idiomas. El antiguo egipcio pereció antes que la civilización de su pueblo; el antiguo griego sobrevivió muy poco tiempo á la independencia del pueblo griego, y el latino sucumbió con Roma; pero estos tres idiomas no murieron sin sucesión, sino que siguen viviendo todavía en el kopta, en la lengua neo-greca y en los idiomas derivados románicos. Son muy raras las lenguas que han desaparecido por completo, como la gótica, y aun ésta sobrevive en las lenguas hermanas á ella afines que conservan todavía su origen. El idioma vasco será algún día, á lo que parece, uno de los más notables ejemplos de una lengua que perecerá sin dejar en pos de sí relación alguna de afinidad con otros idiomas sobrevivientes. De esta suerte se extingue un idioma por completo.

Hay, además de esto, en la vida de todo idioma una muerte lenta que se anuncia en diversas formas. Las palabras envejecen, caen en desuso ó sólo encuentran posibilidad de conservarse en boca de los sacerdotes y de los poetas. G. P. Marsh ha demostrado que, desde el año 1611, se han hecho anticuadas en el idioma inglés 388 palabras. A esto se agregan numerosas modificaciones en la pronunciación, en la ortografía y en el sentido. Antiguas locuciones que siguen usándose aún, mucho después de haberse hecho ininteligible el sentido de las mismas, son frecuentes en la vida de los pueblos naturales, pobres de ideas, y desempeñan entre éstos un papel importantísimo. Así, por ejemplo, el provocador fidschiano apostrofa, durante la lucha, á su enemigo, diciéndole: «¡Sai tava! ¡Sai tava! ¡Ka yan mai! ¡Ka yavia a bure!» (¡Corta, corta! ¡el templo recibe!), pero nadie conoce el sentido de estas palabras, que todos consideran muy antiguas. Que con las nuevas cos-

tumbres se introducen en el idioma nuevas palabras y nuevos giros, lo ha demostrado más que otra ninguna la época de los ferrocarriles y de la navegación por el vapor, pues con estos adelantos hanse enriquecido las lenguas de todos los pueblos civilizados con centenares de vocablos nuevos. Nosotros mismos hemos, en cierto modo, presenciado cómo la partícula inglesa *eth* ha sido sustituida por *es* en la terminación de la tercera persona de los verbos (*lives*, en vez de *liveth*), y en alemán hemos visto cómo la *et* ha sido en el mismo caso reemplazada por la *t* (*lebt*, en vez de *lebet*) y cómo la *e* de *heute* y de otras palabras análogas está llamada á desaparecer. Estas modificaciones son naturalmente mayores en número en los idiomas no escritos, que en aquellos en los cuales la escritura sirve, en cierto modo, de medio petrificador. Y si aceptamos la afirmación que hacen los filólogos de que la vida de los idiomas no late en los idiomas escritos sino en los dialectos y de que en éstos se encierra el germen de nuevas formaciones de lenguas, comprenderemos por qué en los idiomas pueden verse organismos tan variables como los que en las plantas y en los animales existen. Mientras la escritura se esfuerza por fijar un determinado idioma, el tráfico continuo y progresivo de los pueblos que escriben, muestra tendencias á ensanchar la esfera de un dialecto y relativamente de un idioma. No sería inexacto afirmar, en tesis general, que los pueblos que no conocen la escritura sólo hablan dialectos, mientras que sólo usan idiomas los pueblos que escriben. ¿Cuál es la línea divisoria que separa á los dialectos de las lenguas? Con el nombre de lengua ó idioma se designan también los dialectos que han sido fijados por la escritura y extendidos por el trato. Max Muller dice con razón, hablando de los «idiomas literarios», que las formas de locución por ellos empleadas, son más bien artificiales que naturales. Los dialectos se nos presentan como idiomas pobres, poco sujetos á reglas fijas y determinadas y más expuestos, por ende, á las modificaciones y al capricho, es decir, idiomas de orden secundario; pero sólo son tales mientras los comparamos con los idiomas escritos. De las 300 tribus de la Cólquida, que hablaban muchos idiomas distintos y de las cuales dice Plinio que los romanos, para tratar con ellas, necesitaban 130 intérpretes, ¿cuáles hablaban un idioma, cuál un dialecto? Dado el grado de cultura de aquel país, es indudable que sólo se hablaban dialectos, teniendo cada tribu el suyo; y desde el momento en que se han atribuido á los griegos nuevos 70 dialectos, nada tiene de asombroso que los cólquidos tuvieran 130. Lo que crea idiomas y lo que conserva dialectos, nos lo demuestra cumplidamente la comparación entre la gran propagación de los birmanos en los poblados y traficantes países de Birma, Pegu y Arakán, con su propagación reducida en las comarcas montañosas del alto territorio de Irawadi, inmediatas á aquéllas, en las cuales Gordon encontró, sólo en el territorio de Manipur, 12 dialectos, y en las que con mucha frecuencia se ven 30 ó 40 familias que hablan un dialecto propio, ininteligible para otras familias. Por este estilo, las estadísticas de un número exagerado de idiomas se refieren casi siempre á los pueblos pequeños. En los datos reunidos en 1826 por G. Sagard, misionero entre los hurones, se dice, y no es exagerado, que cada aldea hurona tenía su idioma propio y que no había en una misma aldea dos familias que hablasen la misma lengua; que estos idiomas eran muy diferentes unos de otros, de suerte que el antiguo idioma de los hurones (¿cuál de entre tantos?) era distinto por completo de los que entonces se hablaban. Tal es el estado natural del lenguaje, es decir de la vida de éste en estado de dialectos, ninguno de los cua-

les sobresale como idioma fijo y predominante. La pluralidad de dialectos usados por los bosquimanos, que acusan importantes diferencias entre tribus sólo separadas por colinas ó por un río, es atribuida por Moffat exclusivamente al estado de cultura que carece de un centro común, de intereses comunes y, en una palabra, de todo aquello que puede contribuir á robustecer el uso de un idioma. Toda su vida se pasa en esfuerzos para «mantener la unión del alma y del cuerpo», y esto hace principalmente que las familias y los individuos de las familias se separen á menudo por mucho tiempo y se vayan muy lejos de sus habituales residencias. Después de lo que en Bleek hemos aprendido acerca de la poca diferencia que existe entre los varios dialectos de los bosquimanos, podríamos aceptar aquí, como hecho diferenciador, una mezcla de palabras bantúes ú hotentotas. Es muy interesante saber que aquellos betschuanes-bosquimanos, los balala, que viven como tribu de parias confundidos con los betschuanes, presentan el mismo fenómeno, pues su sitchuana es un idioma muy modificado, que de tribu en tribu ofrece diversidad de cualidades; al paso que los betschuanes, sus amos, han conservado y propagado puro su idioma en sus discusiones públicas, en sus frecuentes diálogos y en sus canciones, etc.

Esto no obstante, hemos de guardarnos muy bien de apreciar en menos de lo que realmente vale la fuerza conservadora del lenguaje y de admitir, por ende, como buena, en estos grados de cultura, una variabilidad demasiado fácil en las formas del lenguaje; pues enfrente de los datos presentados por Sagard, existe el hecho de que, durante los últimos 200 años, ninguna variación han sufrido los dialectos de los hurones. Por Schweinfurth sabemos que los djurs y los bellanas han conservado, casi sin modificación alguna, á pesar de la distancia que les separa, el idioma schilluk. Los bellanas están separados de los djurs por toda la extensión del Bongo, no siendo menor la distancia que media entre los djurs y los schilluks. Debe también fijarse la atención en las escasas diferencias que existen entre los más remotos dialectos de los bantús y otros dialectos análogos. Por esto nos inclinamos á creer que son más bien debidos á falta de observación, hechos como aquel de que nos ofrece un ejemplo S. F. Waldeck, quien, al escribir desde la comarca de Palenque á Yomard, no podía en 1833 servirse de un vocabulario que había sido formado en 1820. Sabemos hasta la saciedad cuán perezosamente se ha procedido á la formación de algunos vocabularios: aun en los mejores de idiomas «salvajes», redactados por ingleses ó por americanos, existe una porción de palabras que, á causa de su traducción caprichosa, no podrán usar el alemán ó el francés en sus diálogos con los indígenas.

Puede, sin embargo, sentarse como regla general que cuanto más grande es un pueblo, cuanto más íntimo es su trato, cuanto más firme es su organización social y cuanto más unitarios son sus usos y sus ideas, tanto más invariable es su idioma. «No se necesita una literatura escrita ó clásica para que un dialecto sea superior á muchos otros y para que sus particularidades tengan indiscutible legitimidad: los discursos pronunciados en las asambleas públicas, los cantos populares, las leyes nacionales y los oráculos, ejercen, en reducida esfera, análoga influencia; pues evitan la natural disgregación en innumerables arroyuelos y dialectos y dan consistencia á ciertas formaciones de idiomas que sin aquellas influencias exteriores sólo hubieran disfrutado de una existencia efímera.» (Max Muller.) Estos hechos nos indican claramente cuál es el punto á donde hemos de ir á buscar la diferencia verdadera y esencial que existe entre